

Cómo sentís dejarlos? ¿No sabéis que sois viadores en este mundo, que camináis al cielo, que és vuestra patria? Cómo retardáis llegar al término de vuestro viaje? ¿No sabéis que sois soldados, que peleáis continuamente con el mundo, demonio y carne? ¿Cómo huís entrar en la última decisiva batalla, para triunfar y coronaros en el Empíreo?

Esta es la razon principal, por que los cristianos no debemos temer la muerte. Y no tengo reparo, señores, de repetiros lo que dijo san Gregorio en la Homilia sobre el capítulo 14 de san Lucas, porque adrede se lee comunmente en la Iglesia, para purificarnos del amor de la vida y temor de la muerte. Oíd pues cómo habla el santo. «Si consideramos, hermanos carísimos, qué y cuánto es lo que Dios promete darnos en el cielo, se hace despreciable todo lo que poseemos en la tierra, porque los bienes terrenos comparados con los celestiales mas nos sirven de carga que de socorro: la vida temporal, comparada con la eterna, ántes debe llamarse muerte que vida, siendo el continuo quebranto de la salud una muerte prolija. Y ¿qué lengua podrá contar, qué entendimiento comprender los gozos que lleva consigo el habitar aquella suprema ciudad, estar entre los coros de los ángeles, asistir con los espíritus bienaventurados junto al trono del Criador de la gloria, ver descubierta la hermosa cara de Dios, percibir una resplandeciente indefectible luz, inundarse el alma y sus potencias en un torrente de delicias? Solo al oírlo se enardece el ánimo; y deseando, Dios mio, hallarnos en donde os gocemos sin fin, no dudamos clamar con el real Profeta: ¿nos mantendremos largo tiempo entre los habitantes de Cedar? ¿hemos de ser muchos años peregrinos en este país extranjero? ¿Cuándo iremos á descansar en vuestros espaciosos tabernáculos? ¿cuándo nos mandaréis salir de este destierro, para tomar posesion de la tierra prometida? *Oh, quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.* »

Mas, ay! me diréis, en ese mismo deseo se funda nuestro temor. Porque ¿qué certeza tenemos de que muriendo, será feliz, no infeliz nuestra eternidad? ¿que algun ángel nos llevará, como á Lázaro al seno de Abraham, y que no bajaremos á los infiernos, como el rico gloton y avariento? Si esta incertidumbre, señores, es la causa de nuestro temor, no es reprehensible, como el de aquellos que temen la muerte por el demasiado

amor que tienen á los gustos de esta vida. Pero no creeré que semejante amor no tiene parte en vuestro temor, miéntras que tengáis apego y asimiento á los bienes terrenos. Ni creeré que el horror de las penas del infierno os hace temer la muerte, miéntras que continuéis en merecerlas por vuestras culpas. Porque quien verdaderamente teme algun mal, no se pone ni se mantiene voluntariamente en el peligro de padecerlo. Si vosotros pues perseveráis en las antiguas culpas, y de cada dia provocáis de nuevo la divina justicia, ¿qué miedo del infierno es el vuestro? Aparente, fingido, y tanto ménos razonable, cuanto os es mas fácil el remedio de la penitencia para sacudirle.

Porque la penitencia verdadera, á mas de restituirnos á la gracia de Dios y librarnos al presente del reato de la pena eterna, segun decia san Agustin, serena la mente, fortalece el ánimo, tranquiliza la conciencia y nos da para lo futuro toda la seguridad que cabe en esta vida, de que seremos eternamente felices en la otra. Y para decirlo con san Pedro, *con las buenas obras, que se siguen á la verdadera penitencia, nos certificamos de nuestra vocacion á la gloria* (1). Por eso los santos, que no cesaron de hacer penitencia, en lugar de temer la muerte, la desearon con ansia, como término de todos los males y principio de los mayores bienes; no uno ú otro, sino todos, segun nos enseña san Ambrosio, que interpretando el cántico de Simeon, nos describe en la persona de aquel profeta, á todos los justos, deseosos de romper las cadenas que detienen sus almas en la cárcel de los cuerpos, para ir á unirse con Jesucristo. Y san Gregorio nos dice que, al modo de los siervos fieles y diligentes del Evangelio, luego que el Señor llama á nuestras puertas con una grave enfermedad, debemos abrirle muy alegres, para que nuestra prontitud sea prueba del amor con que le recibimos. Ultimamente no he leído en la historia eclesiástica de los primeros ni de los últimos siglos, que ninguno de aquellos, cuyas vidas se nos proponen como ejemplares á nuestra imitacion, dejara de alegrarse con la noticia de su próxima muerte. Pues ¿qué apoyo tenemos nosotros para nuestro miedo y tristeza?

No quiero disimular, señores, el que á primera vista nos da

(1) II. Petr. c. 1. v. 10. et seqq.

la tristeza y angustia de Jesucristo próximo á su muerte. Pero, si bien se mira, en nada nos favorece, porque aquella tristeza tuvo, en sentir de muchos santos Padres, otros diferentes motivos que la muerte, es á saber, los pecados de todo el género humano, la infame desercion de sus discípulos y la ingratitud de los hombres que tenia presentes en aquella hora. Aunque concedamos que el Señor se entristeció de su muerte, es cierto que se entristeció porque quiso, y por fines soberanos, propios de su misericordia. Entre ellos señala san Ambrosio el de haber querido curar con su tristeza la nuestra, infundiendo en su lugar la alegría de la muerte; cuyo pensamiento nos obliga á considerar la tristeza de Jesucristo, no como ejemplar de la nuestra, sino como remedio, que inutilizamos, cuando nos entristecemos de la muerte. Sobre todo, para no apartarnos del lenguaje comun de las escuelas, debemos colocar en la parte superior de la voluntad de Jesucristo una perfecta conformidad con la de su eterno Padre y una alegría consumada, poniendo en la parte inferior la tristeza, que es la que os permitiré sin repugnancia, como compatible con el sosiego y quietud del ánimo.

He querido persuadiros con razones y con ejemplos, que no temáis la muerte, por juzgar, que este temor á lo último de la vida os perturba con notable perjuicio de vuestras almas; y para que lo conozcáis, reparad lo que sucede en la muerte de nuestros prójimos, y nos refiere nuestro santo prelado santo Tomas de Villanueva. Comienza la enfermedad, y aunque tal vez grave, se pinta leve: crece el peligro, y porque no digan que muere el enfermo sin sacramentos, se trata de decírselo; pero con muchos rodeos, muchas salvas y muchas esperanzas de recobrar la salud. Luego vuelve á pensarse en aplicarle nuevos exquisitos remedios, hasta que desahuciado de los médicos, perdido casi el sentido, emplea muy poco ó ningun tiempo en ajustar la larga estrecha cuenta que ha de dar á Dios. Qué se sigue de ahí? Ah! ya lo veremos en el dia del juicio. Y de dónde proviene? De este pánico temor de la muerte que se supone inevitable, y es indigno de un cristiano, que debe por medio de la penitencia vencer el temor de la muerte, y aprovecharse de su memoria para hacer penitencia.

SEGUNDA PARTE.

Aunque veo que todos os sujetáis á que un ministro de la Iglesia os ponga sobre vuestras cabezas la ceniza, no sé si todos la tomáis como un recuerdo de la muerte. Porque está poco ménos introducido entre los mortales el horror de la memoria de la muerte que el de la muerte misma, de que os hablé en la primera parte de mi discurso. Muchos hombres y casi todas las mujeres no podéis sufrir la vista de los difuntos, y cuando la divina Providencia os los pone delante, apartáis ó cerráis los ojos, por no veros en la precision de haber de pensar en vuestra muerte. Mas yo empeñado esta mañana en quitaros el horror de la muerte, proseguiré en el empeño de quitároslo de su memoria. En su consecuencia os diré con san Efen, que os acerquéis á los cadáveres, singularmente de los jóvenes, y muy despacio les preguntéis: *Ubi juventutis flos et pulchritudo? ubi venustus ille genarum color?* ¿Qué se hizo la pomposa fragante flor de tu juventud? Que él por señas os responderá: marchita al rigor de una enfermedad, se deshó al fatal golpe de la muerte. — Qué se hizo tu peregrina belleza? — Se pasó caminando á la region de las tinieblas. — Qué el carmin de tus labios? — Cedió el lugar á la palidez. — Qué la azucena y la rosa, el agradable color de tus mejillas? — Lo borró la mano del artífice, que lo imprimió. — Qué la gallarda disposicion de tu cuerpo? — Está para reducirse á un monton de polvo y ceniza. — Detenéos, viadores, pasajeras, las que estudiáis al espejo modos y modas, para aumentar la hermosura, ¿qué os parece la imágen que miráis? Pues es verdadera efigie de lo que habéis de ser.

Os es ingrata, señores, esta representacion funesta? Sí, lo será por vuestra mala educacion en los primeros años, en que os hicieron miedo con los muertos, en lugar de haceros ver y meditar en ellos vuestra propia muerte. Pero podéis ahora corregir aquel defecto, deponer este vil miedo á los cadáveres, y tomarlos por maestros, que cada dia os enseñen y acuerden que habéis de morir. San Juan Clímaco queria, que nos fuese tan familiar y frecuente la memoria de la muerte, como lo es el uso del pan; de suerte que así como mezclamos el pan con todos los manjares, así debemos mezclar la memoria de la muerte con

todos los gustos de la vida, para que no lleguen á ser nocivos á nuestras almas. Porque los gustos y bienes de este mundo sin la memoria de la muerte desordenan nuestro apetito, y enajenan la razon; mas con la memoria de la muerte, que los acaba, se hacen indignos de nuestra estimacion, é incapaces de engañarnos y desvanecernos.

Con este designio, luego que los antiguos emperadores de Constantinopla se sentaban en el solio, les mostraban diferentes mármoles y jaspes, preguntándoles, de cuál de ellos querian que se les labrase su sepulcro. En la antigua Roma, cuando entraban triunfantes sus capitanes, iban junto al carro del triunfo algunos, que entre las aclamaciones y vítores del pueblo les decian, que eran mortales; y los egipcios en el salon en sus mas solemnes convites ponian un esqueleto ó cadáver de bulto con un letrado que decia á los convidados: coméd y bebéd, bajo el supuesto de que habéis de ser lo que yo soy: *In me intuens pota et oblectare, talis post mortem futurus.* ¡Qué ejemplares estos, cristianos míos, tan vergonzosos para nosotros, que tenemos por imprudente á cualquiera que en semejantes ocasiones de alegría se atreve á recordarnos la memoria de nuestra muerte, y si por casualidad nos ocurre, la apartamos, como importuna é intempestiva! ¿Acaso no la tenemos por necesaria para atajar la vanidad, cuando mas la inspiren las glorias mundanas, y para contener el apetito, cuando mas lo brindan los deleites sensuales? ¿Ó no queremos que se hagan desabridos los manjares terrenos, arrojando sobre ellos la ceniza de la memoria de la muerte? No queremos, segun veo, ser tan humildes, tan parcos, tan modestos, como los gentiles: solo amamos los gustos de esta vida, y aborrecemos las penas y todo lo que puede inducirnos á penitencia.

La memoria de la muerte, oyentes míos, que infundió en los gentiles un sinnúmero de virtudes, es la que comienza y concluye en nosotros la grande obra de la penitencia, que ellos no conocieron. Primeramente la memoria de la muerte nos hace conocer la fragilidad, y la poca ó ninguna duracion de los gustos y bienes de la tierra, que se acaban con nuestra corta vida; y de ahí nace el desengaño y el arrepentimiento de haberlos amado, como estables y como nuestro último fin. Luego la memoria de la muerte, junto con la brevedad de la presente vida, nos representa futura una eternidad, un espacio inmenso, una

felicidad sin término, destinada por premio á los que lloran y gimen, y se mortifican penitentes. De ahí proviene, que cotejando los bienes del cielo con los males ó trabajos de la penitencia, nos parecen estos muy ligeros en comparacion de aquellos. Despues de esto ¿qué mas le queda que hacer á la memoria de la muerte? ¿En quién no produce ejecutivamente estos admirables efectos? En quien no se halla. Solamente los que no se acuerdan de la muerte, los que no tienen presente cuán incierta es su hora, los que quieren arriesgar su penitencia, la difieren para lo último de la vida.

Volvéd á considerar lo que ántes os dije que sucede en la enfermedad y muerte de nuestros prójimos, y claramente conoceréis, cuán arriesgada es entónces la penitencia. ¿Por qué os parece, que aquel hombre entre sustos y congojas escudriña bien su conciencia enmarañada? ¿aquel hombre, impenitente por costumbre, concibe de un instante para otro un verdadero dolor de penitencia? ¿aquel hombre, hecho á vivir una vida deliciosa, forma el propósito de mudarla en otra mortificada y penitente? Bien puede ser; pero es muy difícil, y mas regular que no sea. Porque el mismo Dios que ofrece perdonar al pecador en cualquier hora que se arrepienta, declara que no concede la gracia del arrepentimiento, que vuelve la espalda al que abusa largo tiempo de su misericordia; y por un Días que me señalaréis arrepentido á la hora de la muerte, nos acuerdan las sagradas Letras innumerables impenitentes y condenados.

No disfráis pues para mas adelante vuestra penitencia, no sea que venga la muerte, cuando ménos penséis, y os coja desprevenidos. Aunque todos los dias debemos ser penitentes; aunque, segun decia san Basilio, todo el discurso de nuestra vida debe ser un continuo sacrificio de penitencia; sin embargo este de la cuaresma es el mas propio, pues en él la Iglesia nos acuerda la memoria de la muerte, nos cubre de ceniza, nos impone la expresa obligacion de hacer penitencia. Y como la comencéis hoy y la continuéis el resto de la cuaresma, me persuado que no la dejaréis hasta la muerte; sin que por eso piense condenaros á una pena de por vida insoportable, sino á una pena muy llevadera, á una tristeza apacible, y digámoslo así, risueña, propia de los cristianos de los primeros siglos, que segun escribe Minucio Félix, fueron el asunto de la admiracion y de la envidia de los gentiles. ¿Qué hombres son estos, decian, que al

mismo tiempo que los atormentamos con garfos y con ecúleos, ó que ellos se mortifican con ayunos y cilicios, rebosa en sus rostros la alegría? No se dejan ver en los teatros, en los circos ni en otros regocijos públicos, y están muy contentos. Cuando los buscamos en los desiertos, pensando encontrar unas fieras, hallamos unos hombres ó ángeles, que despiden de sus bocas dulces afectuosas palabras. Están locos? No, pues hablan con mas libertad y acuerdo que nosotros. Son infelices? No, pues se alegran en sus propias penas. Es preciso que haya algun encanto oculto, que los embelese: *Vis incantatrix*; ó que el Dios, á quien con tanta fineza sirven, los consuele en sus trabajos, los alegre en medio de sus penas. Y así era, cristianos míos, y así será en vosotros, como procuréis llevar las aflicciones de la penitencia con el mismo espíritu que aquellos cristianos. Mientras que lloréis vuestras culpas con amargura, cierta suavidad se esparcirá en el fondo de vuestras almas, cierto disgusto de la mala vida pasada os hará parecer dulce la nueva vida que emprendisteis, y todas sus penas no las trocaréis por los mayores gustos del mundo.

Cuando no sea mas que por librarnos de las zozobras y angustias que padecen los pecadores en su muerte, debemos elegir una vida penitente y mortificar nuestros sentidos, de modo que la muerte nos encuentre muertos, para que seamos del número de aquellos muertos bienaventurados, que, segun dice el Espíritu santo, mueren en el Señor: *Beati mortui, qui in Domino moriuntur* (1). Haga la penitencia en nosotros lo que ha de hacer la muerte: cerremos los ojos demasiadamente curiosos, para que no vean vanidades; tapemos los oídos, para que no oigan palabras lisonjeras, torpes é injuriosas; atemos nuestros piés, para que no corran tras de las diversiones peligrosas; cruzemos las manos rapaces de los bienes ajenos; quitemos con anticipacion la vida delincuente á nuestros sentidos; y con esto no tendremos que sentir en la muerte, y podremos decirle á Jesus: ó amado esposo de nuestras almas, venid á recibirlas en vuestros brazos, y reclinádlas sobre vuestro pecho herido por nuestro amor. Sacádlas del calabozo de este cuerpo impuro, de este mundo infiel, traidor enemigo; no tardéis en venir, sino el tiempo que vos mismo sabéis necesi-

(1) Apoc. c. 14. v. 13.

tamos para disponernos con la penitencia á recibirlos. Mas como vuestra gracia no necesita de tiempo para convertirnos á vos, ahora mismo podéis inmutar nuestros corazones, y hacer que muramos, como murieron muchos del dolor de haberos ofendido. Bien lo merecéis, Dios mio: por vuestra infinita bondad nos pesa de haber pecado. Perdonád vuestras culpas: infundídnos la vida de la gracia, para que vivamos con vos en la gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.